

centurion, de consuelo para los gentiles, de terror para los judíos y de amenazas para los malos cristianos.

Lo primero. *Palabras de elogio para el centurion.* "Jesús oídas estas palabras, se maravilló, y dijo á los que lo seguían: en verdad os digo, que no he encontrado una fe tan grande en Israel...." ¿Cuándo daremos nosotros á Jesucristo esta satisfacción de ver y de alabar en nosotros una fe viva y perfecta? ¿Un extranjero tiene mas fe que un israelita! ¿Un hombre empeñado en el mundo, en la profesion de las armas, tiene tal vez mas fe que aquellos que están consagrados al templo y al servicio del altar! Cuanto es mas glorioso para los unos, es de mayor humillacion para los otros semejante contraste. Si estamos retirados del mundo, aprovechémonos de la facilidad de nuestro estado, y no nos dejemos sobrepujar de aquellos que no gozan de las mismas ventajas; reunámonos todos en la caridad por medio de una santa emulacion, y animémonos los unos á los otros á dar á nuestro Salvador testimonio de nuestra fe y de nuestro amor.

Lo segundo. *Palabras de Jesucristo llenas de consuelo para los gentiles.* "Y os digo, que muchos vendrán de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos...." El objeto de la profecía que hace aquí nuestro Señor somos nosotros. Nosotros vemos el dichoso cumplimiento de esta predicción. Nosotros estamos asociados á la fe de estos santos patriarcas; pero lo seremos á su felicidad? ¡Ah! ¡qué desgracia si después de tantos favores venimos por nuestra culpa á ser privados de ella!

Lo tercero. *Palabras de Jesucristo llenas de terror para los judíos.* "Mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores: allí será el llanto, y el crujir de dientes...." Los hijos del reino que deben ser arrojados á las tinieblas exteriores, donde serán alimentados de lágrimas, donde será el rechinar de dientes, tormento y desesperacion, son los judíos infieles, que habiendo tenido la dicha de nacer en el seno de la verdadera religion, de estar prevenidos para el Evangelio por medio de la ley y de los profetas, y de ser los primeros llamados y destinados á vivir bajo el imperio de Jesucristo, no lo han conocido y lo han desechado. Nosotros vemos en qué densas y palpables tinieblas vive esta nacion incrédula: no pueden disipar su ceguera ni el cumplimiento de las profecías, ni la vista de todas las naciones reunidas por medio de Jesucristo al culto de un solo Dios. Digamos mas; no pueden ablandar su dureza ni abrir sus ojos un prolongado y vergonzoso destierro, ni un castigo de casi dos mil años. ¿Cuál será, pues, en el infierno el suplicio de estos infelices? ¿cuál su desesperacion al verse desechados de aquel reino de luz, que estaba destinado para ellos, y que será poseído de los paganos y de los idóla-

tras sinceramente convertidos y sustituidos en su lugar?

Lo cuarto. *Palabras de Jesucristo llenas de amenazas para los malos cristianos.* Apliquemos á nosotros mismos estas amenazas de nuestro Salvador; sustituidos nosotros hijos de reino en lugar de los judíos, guardémosnos de perder la fe, las luces, las obras, las recompensas; guardémosnos de perder la fe, dejar pasar á otras manos por nuestra infidelidad la herencia. ¿Qué desesperacion será para los réprobos cuando sean confrontados con los bienaventurados del cielo! Católicos de nacimiento con salvajes nuevamente convertidos; grandes con sus criados y con sus súbditos; ricos y sabios con pobres é ignorantes, sacerdotes y religiosos con legos y seculares. ¡Ah! ¡quién no temblará á solo este pensamiento! Sea, pues, para nosotros este temor motivo de un fervor nuevo y de una vigilancia mas exacta.

PUNTO III.

PALABRAS DE JESUCRISTO AL CENTURION.

Lo primero. *Estas palabras están llenas de bondad.* Apenas hubo expuesto el centurion el estado de su criado, sin darle tiempo de hablar mas y sin esperar á que le rogase ó le pidiese, le responde el Señor: "Yo iré, y lo sanaré...." ¿Qué bien que se manifiesta aquí la disposicion de Jesucristo para aliviar nuestro males! ¿Y por qué no tenemos nosotros los mismos deseos por la salud de nuestras almas? ¡Oh! ¡y cuán fácil le sería obrarla si se la pidiéramos sinceramente! ¿Cómo podemos desaliacear en el estado peligroso en que se halla nuestra alma, teniendo un Salvador tan amable, tan condescendiente, tan misericordioso y tan solícito para aliviarnos?

Lo segundo. *Palabras de Jesucristo llenas de poder.* "Y dijo Jesús al centurion: vé, y hágase conforme has creído; y en aquella hora el criado sanó...." ¡Oh poder de Jesucristo! vos sois no menos amable que admirable, vos estáis siempre en atencion para eolmarnos de bienes y libramos de los males.

Lo tercero. *Palabras de Jesucristo llenas de condescendencia.* Si nosotros mostramos deseos de que venga, se ofrece á venir; si queremos que esté quieto, consiente estarse; está siempre contento si puede darnos pruebas de su amor, satisfecho si puede curar nuestras llagas, y enamorado si puede hallar en nosotros una gran fe y la ocasion de recompensarla.

Lo cuarto. *Palabras de Jesucristo llenas de instruccion.* Diciendo al centurion: "hágase conforme has creído," nos enseña que el efecto de nuestra oracion depende de nuestra fe, y que por ella se regula el fruto que sacamos de las

buenas obras, de la frecuencia de Sacramentos y del ejercicio de la religion. Si de todas estas cosas es poco ó ninguno el fruto que sacamos, si experimentamos solo fiebre, disgusto y tedio, apliquemos el remedio donde está el mal, anímemos nuestra fe, obremos segun nuestra fe, y obtendremos á proporcion de su extension, de su eficacia y de su medida.

PETICION Y COLOQUIO.

Creo, ¡oh Salvador mio! como el centurion que con una sola palabra me podeis sanar; decidme, pues, como á él: *Vé, y hágase conforme has creído.* En el momento en que pronuncieis esta palabra de salud, recobraré mis fuerzas, y saliendo de la inaccion á que por la parálisis está reducida mi alma, correré por el camino de vuestros mandamientos. Amen.

MEDITACION LXIII.

PARTE JESUS PARA EMBARCARSE Y PASAR A LA OTRA PARTE DEL LAGO.

San Mat., c. VIII, v. 18, 22.

"Viendo Jesús las muchas turbas que lo cercaban, manda pasar á la otra ribera del lago...." La vida presente es un viaje; el mundo es un mar famoso por sus naufragios. Consideraremos en este lago de que habla el Evangelio, una figura del camino estrecho de la vida retirada, santa, regular y penitente que deben seguir los verdaderos cristianos y las almas fieles. Ahora pues, ¿y en qué manera se debe emprender el pasaje de este lago figurado y misterioso? Lo primero, con confianza; lo segundo, con valor; lo tercero, sin dilacion. Este es el plan de la meditacion presente.

PUNTO I.

CON CONFIANZA.

Primeramente. *Debe animar nuestra confianza el dejar una grande multitud en la plaza.* Esta multitud es el mundo; esto es, aquel mundo tantas veces desterrado, condenado y herido con terribles anatemas por Jesucristo; aquel mundo que camina por el camino ancho de los placeres y de las pasiones, y que corre á la perdicion. Esta vida que conduce la multitud de los mundanos, ó encantos ó nos fastidia; si nos agrada estamos en peligro evidente de perder nuestra salvacion, y no serán jamás excesivas todas nuestras precauciones para evitarlo; si al contrario, esta vida tumultuosa nos fastidia y disgusta, ¡ah! renuncie-

mosla de una vez, y tomemos el partido de la piedad, de la devocion, del retiro, de la penitencia y de la santidad; separémosnos desde ahora de la multitud; separémosnos á lo menos con el corazon si queremos ser separados por Dios el dia de su juicio.

Lo segundo. *Debe animar nuestra confianza la compañía escogida que seguiremos.* Jesús es nuestro capitán y nuestra cabeza: ¿qué cosa podemos temer? ¿no es él bastante poderoso para sostenernos, y bastante bueno para quererlos? Unámonos á él sin temor; él mismo nos convida, sus discípulos lo acompañan y caminan con él. ¡Oh qué felicidad será la nuestra el ser de este número! ¿cuántas almas santas lo siguen con fervor! De estas conocemos muchas; ¿y nos contentaremos solo con admirarlas? ¿acaso no podemos nosotros lo que ellas pueden? ¿pues por qué no las imitamos? ¡Ah! anime su ejemplo nuestra confianza y exoite en nosotros una santa emulacion, porque de otra manera serán ellas un dia para nosotros motivo de condenacion.

Lo tercero. *Lo corto del pasaje que hemos de hacer debe animar nuestra confianza.* Esto es breve y debe conducir á un estado que no tendrá fin. Hemos experimentado ya la velocidad con que pasa esta vida, y fuera de esto, por lo comun ella se acaba cuando se creia que aun debia durar mucho tiempo, y la mas larga es en sí misma nada mas que un dia ó un instante; en una palabra, ella tiene un fin y se le sigue una eternidad interminable; de cualquier modo que pasemos nuestra vida, ella se ha de acabar. El voluptuoso y el penitente encuentran igualmente el fin, el uno de sus placeres y el otro de sus penas. Los dos entran igualmente en una eternidad sin fin, para el uno de suplicios y para el otro de bienes. ¡Ah! pensemos seriamente en esta eternidad feliz ó infeliz donde llegaremos bien presto, y hagamos aquella eleccion porque podamos bendecir á Dios eternamente.

PUNTO II.

CON VALOR.

Lo primero. *Se requiere valor para empezar.* Habiendo Jesucristo ordenado que se preparase lo necesario para pasar el lago "y llegándose un escriba, le dijo: Maestro, yo te seguiré á cualquiera parte que rayas...." De estas palabras se comprende que en este escriba solo habia un buen movimiento, un santo deseo, una bella resolucion, pero no habia comenzado aun. Estaban aun en tierra y Jesucristo no se habia embarcado aun. Ofrecámonos á Jesús con las palabras de este escriba, formemos buenos propósitos, tengamos santas resoluciones, esto va bien; pero reflexionemos que hasta este punto nada hay

ann do hecho. Nada cuestan los proyectos para lo por venir; se trata de empezar y poner mano á la obra. El empezar es lo que cuesta, y es justamente de aquellos que han comenzado bien de quienes se puede decir que ya han hecho la mitad; pero del que propone, del que promete, de quien proyecta y no comienza, se puede asegurar que nada ha hecho, y que segun todas las apariencias, nada hará jamás. ¡Cuántos se han muerto en este estado sin haber comenzado jamás á servir á Dios! Tomamos ser de este número si hasta hoy no hemos dado principio.

Lo segundo. *Se requiere ánimo para continuar y sostener las pruebas.* Mucho se promedia de su celo el escriba ó doctor de la ley. Quiso Jesucristo probarlo, y bien presto se desengañó. ¿Sabes tú (parece que le dice el Señor) sabes tú quién soy yo? ¿Has hecho madura reflexion de lo que me prometes? Aprende cuál es mi tenor de vida. “Las zorras tienen sus cuevas y los pájaros del aire nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza...” Yo, el primogénito de todos los hombres, no tengo un alojamiento ni un lugar propio mio donde poder descansar; en cualquiera parte donde me hallo ó me retiro, soy extranjero: esto es lo que soy sobre la tierra y esto es lo que deben ser los que me siguen: mira ahora y consulta tu valor.... La vida cristiana (no es necesario disimularlo) tiene sus penas; ¿pero no las tiene tambien el mundo? ¿Y qué diferencia entra las unas y las otras? En las penas que experimenta la vida penitente, de cualquiera naturaleza que ellas sean, nos precede Jesucristo y va delante de nosotros, y seguramente no nos pondrá jamás á pruebas tan duras cuanto fueron aquellas por donde él mismo quiso pasar por nuestro amor. Cada una de nuestras penas en particular, está presente á sus ojos, y él mismo nos dará después cuenta fiel: bien podremos nosotros olvidarnos de ellas; pero el Señor jamás las olvidará y ninguna se quedará sin recompensa y sin premio. Con la vida se acabarán nuestras penas, pero jamás se acabará la felicidad que seguirá. ¡Ah! no será así por cierto con las penas del mundo, que son el fruto del pecado y de las pasiones.

Lo tercero. *Se requiere valor para perseverar hasta el fin.* Sin esta perseverancia todo es inútil: pidámosla, pues, á Dios todos los días, que no nos la negará; seamos vigilantes de nuestra parte, examinemos nuestros progresos, y si alguna vez encontramos cualquier relajamiento en nuestros ejercicios y en la virtud, no desansemos, no respiremos hasta que volvamos á aquel punto de donde hemos caído; oremos, lloremos, gimamos y tomemos las consecuencias funestas de la mas mínima tibieza en nuestro favor, porque entonces justamente empieza á huir de nosotros la perseverancia, y si no ponemos pronto remedio, la perderemos del todo.

PUNTO III.

SIN DILACION.

Tres cosas, esto es, la gracia, la voluntad y la vida, huyen con tanta rapidez, que no nos permiten diferir un solo momento nuestra conversion.

Lo primero. *La gracia.* “Y otro de sus discipulos le dijo: Señor, déjame ir primero á enterrar á mi padre; pero Jesús le dijo: sígueme y deja que los muertos entierren á sus muertos....” Jesús en este instante se iba acercando al mar para embarcarse, y no se podia perder un momento: ó era necesario ir con él, ó dejar y renunciar el seguirlo. ¿Podria acaso esperar este discípulo que Jesús por esperarle habia de dejar ó suspender su viaje, ó que habia de diferir ó suspenderse? La gracia nos estimula, nos solicita, nos intimas sus órdenes y nos hace conocer nuestras obligaciones; pero no nos espera ni cer nuestras obligaciones; podemos, sí, engañarnos á nosotros mismos y cubrir nuestra relajacion con los mas ingeniosos pretextos; pero ninguno puede engañar á Dios, que ve el fondo de nuestros corazones. ¿Tendremos acaso razones mas plausibles que las de este discípulo para diferir nuestra conversion? Y con todo eso, á los ojos de Jesucristo era un falso pretexto.... No era necesario que este discípulo se hallara presente á la sepultura de su padre: dejemos que los muertos, esto es, las gentes del mundo muertas á la gracia entierren sus muertos, pongan en órden sus negocios, den fin á sus pleitos; nosotros pensemos solo en aprovecharnos de la gracia y en darnos á Dios. Si tenemos negocios indispensables, en vez de empezar con acabarlos para convertirnos después, comencemos primero con la conversion y así estaremos en mejor disposicion para concluirlos.

Lo segundo. *La voluntad.* Este discípulo estaba resuelto, es verdad, á unirse á Jesús después de haber dado sepultura á su padre; ¿pero quién le habia asegurado que persistiria en esta resolucion? Después de haber dado sepultura á su padre ¿no se hallaría en el empeño de la division de los bienes y en el exámen de sus intereses? Habiendo quedado dueño y señor de su patrimonio, ¿habria conservado el gusto de la pobreza de Jesucristo, habria pensado en volver á acompañarlo? Esto es lo que no sabemos; lo que sabemos y la experiencia nos lo muestra todos los días, es que un negocio llama tras sí otro; que á un obstáculo se sucede otro segundo; que pendientes todas estas dilaciones, se pierden las mas bellas resoluciones, y que una conversion que se dilata, es casi siempre una conversion que nunca se efectúa y casi siempre se desvanece y va mal.

Lo tercero. *La vida.* En el diferir se pasa la vida: el demonio está sobre nosotros alerta y nosotros no le advertimos! Yendo este discipu-

lo á dar sepultura á su padre, ¿no podia él morir? ¡Ah! fijamos un tiempo para nuestra conversion con tanta certidumbre como si fuéramos dueños de él. Llegado el tiempo destinado, autorizamos la primera imprudencia y cometemos otra mas peligrosa, destinando la conversion para otro mas distante; y de este modo la vida se pasa en hacer proyectos y en diferir, hasta que una muerte no esperada pone fin á todos estos incautos é insensatos proyectos y á estas temerarias dilaciones.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh desgracia irreparable! ¡Oh desesperacion eterna! ¿Y he tenido hasta hoy corazón para exponerme á esta desventura? ¡Ah Señor! estoy resuelto. Haced sentir de nuevo á mi corazón aquel dulce llamamiento: *sígueme.* Ya no lo dilato mas; ninguna cosa me puede apartar de vuestro servicio, ninguna cosa me separará de vos; á pesar de todos los obstáculos y de todas las pruebas con que queráis ejercitarme, asistido de vuestra gracia, ¡oh adorable Salvador mio! seré vuestro sin dilacion, sin variacion, en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXIV.

TEMPESTAD CALMADA.

S. Mat., c. VIII, v. 33, 27.—
S. Mar., c. IV, v. 35, 40.—
S. Lóc., c. VIII, v. 22, 25.

PELIGROS DE LA VIDA PRESENTE.

Estos peligros miran á nuestro cuerpo, á nuestra alma y á la Iglesia.

PUNTO I.

PELIGROS QUE MIRAN Á NUESTRO CUERPO.

Consideremos lo primero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta antes del peligro?* Jesucristo se iba adelantando insensiblemente hacia la ribera, dando útiles lecciones á sus discipulos.... Cuanto mas se acercaba al mar, tanto mas y con mas ardor lo rodeaban. Ya se habia hecho tarde y sin pararse jamás. “Y subiendo á la barca, lo siguieron sus discipulos, y les dijo: pasemos á la otra ribera del lago.... Y despedido del pueblo, lo llevaron como estaba en la barca, y otras barcas iban tambien con él.”

¿Quién se hubiera podido imaginar jamás que esta navegacion, que se emprende por órden del

Hijo único de Dios, del Salvador del mundo, habia de venir á ser una navegacion peligrosa? Pues de hecho; estos navegantes se creyeron de una vez perdidos. La vida y los bienes no solo en el mar están en peligro; todos los elementos, toda la naturaleza, mil accidentes nos amenazan de todas partes y nos vienen á asaltar cuando menos lo esperamos; y así debemos perseverar constantemente en la gracia de Dios y estar siempre prontos á comparecer delante de él. Debemos encomendar todos los días á la proteccion del dueño de todos los acontecimientos, nuestra vida, nuestros bienes y las personas por quienes nos interesamos. Nada debemos hacer, nada debemos emprender sin implorar el divino auxilio, la proteccion de los santos ángeles, la intercesion de nuestros santos abogados, y particularmente la de la Reina de los ángeles y de los santos. ¿Qué temeridad vivir entre tantos peligros con una conciencia manchada del pecado! ¿Jempeliarse en viajes y peligros del mar ó de la guerra en estado de pecado!

Lo segundo. *¿Cuál debe ser nuestra conducta en el peligro?* “Y mientras navegaban, se durmió.... Y se levanto una grande tempestad en el mar.... Y un torbellino de viento se levantó en el lago, de tal suerte, que la barca estaba cubierta de las olas, y estaban en peligro.... Y él se estaba en la popa durmiendo sobre una almohada.... Entonces se acercaron á él, y lo despertaron diciendo: Maestro, no se te da nada que preocupamos?... Señor, salvámonos, nos perdemos.... Y levantándose, les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe?”

En el peligro es necesario obrar con firmeza y hacer aquello que depende de nosotros, por medio de votos religiosos, de sinceras promesas; orar é interesar al cielo en nuestro favor, esperar en la bondad y en el poder de aquel que se invoca; someternos á las órdenes de la Providencia y á la voluntad del soberano Señor. Si alguna enfermedad peligrosa nos hace temer el fin de nuestros días, si alguna persecucion turba nuestra tranquilidad y nuestros bienes, oremos, sometámonos y esperemos.

Lo tercero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta después del peligro?* “Pero él levantándose amenazó al viento y dijo al mar: calla, emudece. Y cesó el viento y sucedió la bonanza, y les dijo: ¿por qué teméis? no temeis aun fe? ¿dónde está vuestra fe? Y temieron con un temor grande, y se decian el uno al otro: ¿quién es este.... que manda al viento y al mar.... á quien obedecen los vientos y el mar?”

Después del peligro debemos mostrar nuestro reconocimiento por medio de alabanzas y de agradecimientos unidos á la admiracion, al temor y al amor para con quien nos ha librado. Lo debemos mostrar con una pronta y exacta fidelidad en cumplir las promesas que háyamos hecho; pero principalmente con un santo uso de la vida y

de la tranquilidad que se nos ha concedido. ¿Quién hay entre nosotros que no se haya hallado en algún urgente peligro, ó en negocios críticos de que ha salido libre como por una especie de milagro? Traigamos aquí á la memoria los beneficios particulares que Dios nos ha hecho. ¿Qué reconocimiento le hemos mostrado hasta ahora? ¿Él nos ha conservado y conserva nuestros días: ¿por qué le ofendemos? ¿por qué vivimos una vida desarreglada? ¡Oh ingratos! ¿lo hemos invocado en los peligros? Le hemos prometido serle fieles en la guarda y cumplimiento de su ley si nos libraba; él nos ha librado y nosotros nos hemos olvidado tanto de nuestras promesas como de sus beneficios. ¡Ah ingratos!

PUNTO II.

DE LOS PELIGROS QUE MIRAN Á NUESTRA ALMA.

Consideremos lo primero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta antes del peligro?* Se debe temer, porque aquí se trata de un todo por el peligro que hay de perder la gracia, la devoción, la inocencia, la fe, el alma, la eternidad. El menor peligro que amenace nuestra vida, nos hace temblar: no es necesario exhortarnos á temer; lo tenemos muchas veces aun con exceso, mientras nada tememos el peligro que nos puede quitar la vida de la gracia y precipitarnos en una degradación eterna. Segundo. Es necesario temer el peligro, porque pocos escapan y la mayor parte perece en él: huyamos, pues, los lugares, aquellas personas, aquellas amistades peligrosas: echemos al fuego aquellos libros, aquellas canciones, aquellas estatuas, aquellas pinturas indecentes: renunciemos á los espectáculos, á los juegos, á las conversaciones escandalosas. Al prevenir cualquier peligro para nuestra alma, temblamos, huyamos; si de nuestra plena y propia voluntad nos exponemos al peligro, si lo amamos, si lo buscamos, ya estamos medio vencidos, nosotras pecaremos. Tercero. Se encuentran los peligros en todas partes, y por lo regular donde tenemos menos motivos de sospecharlos: si no estamos continuamente relando, nos hallaremos acometidos de ellos y engañados aun antes de advertirlo. Cuarto. Finalmente, es necesario orar, porque Dios solo y ningún otro puede aljarnos de todos los peligros: pidámosle todos los días esta gracia para nosotros y para aquellos por quienes nos interesamos: pidámosla antes de emprender cualquiera cosa, al principio y en el progreso de todas nuestras acciones.

Lo segundo. *¿Cuál debe ser nuestra conducta en el peligro?* Primero. Es necesario al principio, ó huir ó combatir generosamente. Si acaso nos hallamos improvisamente empujados en algunos pasos peligrosos para nuestra alma, guar-

démonos de internarnos mas en ellos, de mantenernos tranquilos á la orilla del precipicio; retirémonos al principio con horror como de la vista de una serpiente insidiosa; rompamos aquella práctica, salgamos de aquel lugar, desechemos aquellos pensamientos, aquellas imágenes impertunas; cerremos aquel libro, apartemos los ojos de aquel objeto, dominemos sobre todos nuestros sentidos: si nos detenemos ó nos descuidamos, aunque sea por poco tiempo, la tentación entrará en nuestro corazón, ó por mejor decir, entraremos nosotros mismos en la tentación y seremos vencidos. Segundo. Es necesario orar: sin embargo de nuestra poquísima fuerza, no dejemos de orar aun cuando no hagamos otra cosa que repetir con frecuencia los nombres de Jesús y de María, ó decir continuamente: *Señor, sácame, que yo perezo.* Tercero. Se necesita tener confianza: la tentación no durará siempre, volverá la calma, y entonces ¿qué consolación no será para nosotros haber resistido y haber sido fieles á Dios? En el furor de la tempestad parece que todo se ha perdido y que no queda otro remedio que abandonarse á la propia desgracia. Guardémonos de dar oídos á semejante sugestión del tentador: mientras falta nuestro consentimiento, nada hay perdido, y no hemos recibido aun daño alguno: si acaso hemos incurrido en alguna flaqueza, si hemos condescendido en algo con nuestro enemigo, guardémosle de cederle mas, renovemos y avivemos nuestro valor, y si nuestra victoria no fuese completa, hagamos á lo menos de manera que no quedemos enteramente vencidos y deshechos.

Lo tercero. *¿Cuál debe ser nuestra conducta después del peligro?* Humillémonos, pidamos perdón á Dios de las culpas que hemos podido cometer en la tentación, ó sea con habernos expuesto, ó sea con haber resistido con fiabilidad y sin valor. Segundo. Demos gracias á Dios por habernos guardado y sostenido en el peligro, y por no haber permitido que pecásemos en él. Tercero. Finalmente, hagamos una buena resolución y tomemos sabias precauciones para en adelante, porque lo que no nos ha sucedido en este peligro, nos puede suceder en otros muchos. La penitencia, el recogimiento, la oración, el trabajo, el temor, huir las ocasiones, el amor á Jesús, la unión con Dios y la frecuencia de sacramentos, nos han de servir de preservativos y de remedios contra los peligros.

PUNTO III.

DE LOS PELIGROS QUE MIRAN Á LA IGLESIA.

La barca de san Pedro es la figura de la Iglesia. Primero. La Iglesia, como la barca de san Pedro, está expuesta á las mas terribles tem-

pestades y muchas veces se ve en punto de ser tragada de las olas. ¿Quién no la habría ya creído mil veces destruída por el hierro, sumergida por el error, disipada por el cisma, dada al través por los delitos, aniquilada por la política? Pero ella subsiste en medio de la tempestad. Los males que sufre afligen á sus hijos; mas no se escandalizan ni se desaniman por ellos: gozan en hora buena las falsas religiones su tranquilidad entre los hombres que hallan en ellas de qué lisonjear las propias inclinaciones y de qué fomentar las propias ilusiones; esto no sorprende, como ciertamente nada tiene de sorprendente el ver que en medio de tales hombres la Iglesia, que enseña la verdad, sea atacada, combatida y perseguida; pero que con todo esto la Iglesia asaltada por todas partes y contra quien se cierra los ojos á los insultos y todas las pasiones, subsista y continúe su curso á pesar de las olas y los vientos contrarios, esto es un prodigio que no podremos jamás admirar bastante.

Segundo. *La Iglesia siempre tiene consigo á Jesucristo.* Jesús está siempre presente en la Iglesia como en la barca de Pedro. El conoce los asaltos que ha de sostener y regula el esfuerzo y la duración; si por algún intervalo de tiempo aparece, ó sin poder, ó sin movimiento, ó sin acción; si parece que cierra los ojos á los insultos que se hacen á su esposa, lo hace por purgarse, por probar su fe y mostrarle después con mas magnificencia su ternura y su amor. Jesús se despierta con la oración, pero con una oración llena de caridad, de tranquilidad y de confianza. El verdadero cristiano no conoce otras armas para la defensa de la Iglesia: expone con sinceridad y simplicidad las verdades que ella enseña; las defiende sin exacerbarse, sin inquietarse; á estas vive unido sin respeto humano, sufre sin lamentarse ni quejarse; muere bendiciendo á quien lo condena y abraza al que lo hiera.

Tercero. *La Iglesia está segura de recobrar la calma cuando le será provechosa.* En la Iglesia, como en la barca de Pedro, Jesús cuando le agrada y segun el órden de los decretos de su infinita sabiduría, hace que sneeda la mas profunda calma á las mas horribles tempestades, á la noche mas oscura el día mas sereno; ó por medio de estupendos prodigios, ó con la uníon secreta de su gracia, cambia el corazón de los pueblos y el de los reyes; aquellos se someten á la Iglesia, y estos se hacen sus protectores. De esta manera los Constantinos, los Clodoveos, los Carlomagnos, los San Luises, los San Fernandos y otros monarcas han procurado á la Iglesia, no solo la paz y la libertad, sino tambien la dignidad y el esplendor.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh santa Iglesia! ¡oh barca misteriosa fuera de la que todo es abismo y naufragio! O sea que

yo te vea tranquila ó sea que te vea agitada, en nuestro seno quiero vivir y morir. ¡Ay de mí si habiendo tenido la dicha de ser admitido en él, viniere algun día á salir, ó si gloríandome de estar aun en él, no participase de la gloria que tú gozas ó de los males que te afligen!... Guíadla, ¡oh divino Jesús! guíad esta barca privilegiada, esta Iglesia militante al puerto de la eternidad, á pesar de las tempestades y persecuciones que incessantemente la combaten. Todo lo que experimenta y prueba la Iglesia, esposa vuestra, ¡oh Jesús! lo pruebo y lo experimento yo personalmente: dentro y al rededor me acometen y me asaltan muchísimas tentaciones: habla vos y yo disiparé la tempestad; mandad sobre todo que se calmen las pasiones que destrazan mi corazón, para que pueda seguir únicamente las dulces y pacíficas impresiones de vuestro amor. Amen.

MEDITACION LXV.

DE LOS DOS ENDEMONIADOS DE GERASA.

S. Math., c. VIII, 28, 32.
—S. Marc., c. V, r. 6, 1,
13.—S. Luc., c. VIII, v.
26, 35.

FIGURA DE LA IMPUREZA.

Meditemos lo primero el estado infeliz de estos dos miserables desgraciados, víctimas del demonio. Lo segundo, su libertad de tan cruel tirano.

PUNTO I.

ESTADO DE ESTOS DOS INFELICES ENDEMONIADOS.

“Y habiendo pasado al otro lado del lago, al país de los gerasenos, que está en frente de la Galilea; y luego que saltó á tierra, le vinieron al encuentro dos endemoniados que salían de las sepulturas, y eran tan furiosos, que ninguno podía pasar por aquel camino. El uno era poseído del espíritu inmundo, y no llevaba vestido, ni habitaba en las casas, sino en los sepulcros.” San Marcos y san Lucas hablan de un solo endemoniado, sin duda porque siendo uno de los dos de quien habla san Mateo, el mas furioso, no creyeron necesario hablar mas que de este. Consideremos lo primero, cuál fuese el demonio de quien estaban poseídos estos dos hombres. Segundo. Cuál fuese la naturaleza de esta opresión. Tercero. Cuál fuese su estado y el tiempo que fueron poseídos.

Lo primero. *¿Cuál era el demonio de quien estaban poseídos?* Era un espíritu impuro: bien

que todos los demonios sean espíritus impuros, por los caracteres especiales que este representa, se puede fácilmente conocer el demonio de la impureza. Primero. *Por su crueldad.* No contento con atormentar aquellos que poseía, se arrojaba también con furor sobre los pasajeros.— El impúdico busca por todas partes víctimas de su incontinencia y cómplices de sus desórdenes. ¡Desdichado aquel que pasaba por el camino donde estaban estos endemoniados! El impúdico es aun mucho más de temer. ¡Ay de aquel que se le acerca, de aquel que lo frecuenta, de aquel que se le familiariza! Estad atentos, padres y madres de familias, si amáis a vuestros hijos. Segundo. Se conoce por su fuerza. “Y ni aun con cadenas había quien pudiese tenerlo atado, porque habiendo estado amarrado con cadenas y con hierros á los pies, había despedazado las cadenas y roto los hierros, y ninguno podía domarlo...” ¿Y quién es el que puede domar un impúdico: ¿quién puede contenerlo? Ni la pérdida de su reputación, ni la ruina de su salud, ni el oprobio de su familia, ni los vínculos de la amistad y de la sangre, ni los votos de la religión, ni el carácter de los sagrados órdenes, ni las enfermedades, ni la vista de una muerte próxima, podrán contener la furia de sus deseos desenfrenados. No hay otra cosa que pueda echar del corazón un demonio tan fuerte y tan obstinado que un milagro de la gracia de Jesucristo. Tercero. Este se reconoce por su nombre. “Y le pregunté, ¿qué nombre tienes? Y le respondí: mi nombre Legion, porque somos muchos...” Legion es el verdadero nombre del demonio de la impureza: él no va jamás solo, detrás de sí lleva y arrastra todos los vicios; se ensañera de todos los sentidos, de todas las facultades del alma, y posee todo el hombre entero. ¡Ah! temblamos de pensar solo en un demonio tan detestable. Si acaso por nuestra desgracia hemos sido presa suya, reconozcamos una vez su carácter: si hemos sido preservados ó librados, ¡oh! ¡y cuán obligados debemos estar á nuestro libertador!

Lo segundo. *¿Cuál era la naturaleza de esta opresión?* Primero. *Era muy antigua.* “Porque ya de mucho tiempo lo poseía...” Cuando un cristiano comienza á abandonarse á la deshonestedad, se lisonjea de hacerlo solo por un cierto y determinado tiempo. Algunas veces llega á restringirse á cometer solo una culpa; pero después la primera trae consigo otras mil: el tiempo que ha fijado para convertirse, pasa, se va diluyendo y conduce muchas veces hasta la edad decrepita, y finalmente, hasta la tumba. Si alguna vez se levanta, luego recae por años enteros, y últimamente para no levantarse ya jamás. Segundo. *Oprisión continua.* “Y estaba siempre día y noche por los monumentos y por las montañas...” Esta misma es la suerte de los impúdicos, de día y de noche, en la campaña y en

la soledad, en casa y en el templo, en todo lugar y en todo tiempo llevan consigo su pasión, en ella se ocupan y por ella son atormentados. ¡Oh! ¡qué continuación de delitos, qué multitud de pecados! Tercero. *Oprisión cruel.* “Gritando y hiriéndose con las piedras...” Es aun más cruel la pasión de un impúdico y lo despedaza con más impiedad, con remordimientos, con la vergüenza, con los celos, con la infidelidad, con el deshonor, con hacerle malgastar la hacienda, con las enfermedades y con el justo temor de una eternidad de castigos. ¡Oh pasión cruel! Nada son y nada valen los gustos y los placeres que prometes, en comparación de los tormentos que haces sufrir.

Lo tercero. *¿Cuál fué el estado de estos infelices todo el tiempo que estuvieron poseídos del demonio?* Primero. *Estaban desnuados como bestias...* “Y no llevaban vestido...” No podían sufrir sobre su cuerpo ningún género de vestido; este es el estado vergonzoso á que los había reducido el demonio. El demonio de la impureza no es aun todos los días el demonio de la desnudez? ¡Ah! ¿No es este el que la ha introducido en los adornos femeniles, en la escultura, en la pintura, en las estatuas? ¿No ha inventado estas tantas modas indecentes y contrarias á la modestia cristiana? La desnudez es la librea del demonio; el que la lleva, pertenece á él; el que se apacienta y se deleita con su vista, se alista bajo sus leyes y se sujeta á su imperio. Apartemos, pues, con horror la vista de ella, arrojemos y destierremos lejos de nuestras casas estas señales de estar poseídos del demonio, estas señales de reprobación. Observemos, ó sea en público, ó sea en particular, ó sea respecto de nosotros ó respecto de los otros, una modestia severa y exacta. Segundo. *Estos desgraciados vivían en los sepulcros, en los lugares tenebrosos y hediondos.* ¿No se ve por ventura el impúdico en las casas de la disolución, de la prostitución, con pecados muertos ya de mucho tiempo, hediondos y corrompidos como él de los mismos vicios, y que como él son sepulcros blanqueados? Su conciencia está llena de pecados y de horribles inmundicias, y su cuerpo corrompido de la disolución y muchas veces más consumido que los cadáveres que están en las sepulturas. Tercero. *Estos desgraciados andaban vagando por los monumentos y por las montañas, llenando el aire de horribles alaridos.* Imágen sensible del aspecto vago, inquieto y feo que el impúdico suele manifestar, del humor agreste que lo domina y lo hace insoportable, y de los gritos y suspiros que la pasión, aun contra su voluntad, le arranca del corazón. ¿Qué vida, oh Dios mío! qué vida para un cristiano! ¿Son estos los placeres que el demonio hace gustar á los que lo siguen? ¡Ah engañador! ¿Y es esto lo que tú has prometido?

PUNTO II.

LOS LIBRA JESUCRISTO DE TAN GRANDE MAL.

Se reconoce aquí también el demonio de la impureza en su proceder, en sus quejas y en lo que pretende.

Lo primero. *Proceder forzado.* Y viendo desde lejos á Jesús, corrió, “se postró delante de él y lo adoró...” Apenas tocó la tierra Jesucristo, sintió el demonio, aunque contra su voluntad, que estaba cerca de vencerlo. No pudo parar en sus tenebrosos soterráneos, una fuerza invisible lo sacó de ellos con violencia y lo citó, por decirlo así al tribunal de su juez... Corrió á encontrarlo, y viéndolo este espíritu feroz, á quien ninguna fuerza humana había podido domar, se hizo dócil, y temblando cayó á sus pies, reconoció á su Señor y lo adoró... Adoración forzada que le sacó solo el temor y que no puede agradar á Jesucristo... Así también sucede que aun el más abominable impúdico, forzado tal vez de sus remordimientos, se postra delante de Dios, se da golpes de pecho, reconoce su desenvoltura y sus descaminos. Buen principio, loable conducta: ¡pero cuántas veces encuentra el demonio medios de hacerla inútil!

Lo segundo. *Quejas injuriosas.* Y exclamando en alta voz, dijo... “¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo?” ¿Has venido tú aquí antes de tiempo para atormentarnos?... Te conjuro por Dios que no me atormentes, porque le decía: sal, espíritu inmundo, del hombre...”

El demonio se lamenta de que Jesús se declare su enemigo y de que venga á turbarlo y atormentarlo antes de tiempo. ¿Sobre qué se fundan todas sus quejas? Sobre el orden que le da este Dios Salvador de salir de los cuerpos que poseía... Jesús en mandárselo no quiere forzarlo á que luego al punto salga, para darle tiempo á que manifieste su malicia y su insolencia, y á nosotros ocasión de conocerla y detestarla. Es, pues, atormentarte, oh espíritu impuro y cruel! el mandarte ó el impedirte que nos hagas mal? ¿Te imaginabas acaso que te se había de dejar el poder hasta el fin del mundo? No, no; Jesucristo ha venido y nos ha librado de un yugo tan odioso, y tú ya no tendrás en adelante dominio sino solo sobre aquellos que te se quieran sujetar... Gracias inmortales os tributen todos los hombres, oh divino Redentor! ¡Ay de aquellos que no se quieren aprovechar de los preciosos frutos de vuestra sangre adorable! Las mismas quejas hace todos los días el demonio por boca del impúdico.

Primero. *Se duele de que Dios se oponga á sus desórdenes.* ¿Qué mal hago yo, grita este? Yo no hago mal ni perjuicio á nadie... Como

si el espíritu de Dios no fuese esencialmente opuesto al espíritu impuro, como si el precepto esencial del amor de Dios pudiese ser compatible con el amor pecaminoso y con llamas impúdicas.

Segundo. *Se duele de los hombres.* ¿Por qué, pues, dice él, atormentar los corazones, poner en sujeción las inclinaciones y limitar las obligaciones? A las sagradas leyes del pudor virginal y de la fidelidad conyugal, opone otras del todo contrarias, que va espaciando en muchos libros, que publica en los teatros y que insinúa por medio de sus cantos. ¿Quién lee estas obras, quién asiste á estos espectáculos, quién repite estas canciones? ¿á quién piensa que pertenece, á Jesús ó al demonio? Finalmente, se lamenta de aquellos que tienen celo por las almas. Represéntesele al impúdico la enormidad de sus delitos, búsquese el medio de excitar en él remordimientos saludables: elude todas las diligencias, diciendo que lo inquietan antes de tiempo... ¿Juventud desgraciada! ¿De esta manera te debes engañar? ¡legarás acaso á ese tiempo que tú te prometes? Y demos caso que llegues; ¿no serás aun entonces y hasta la suma vejez, el juego y la presa del demonio que acricias?

Lo tercero. *Súplicas malvadas.* “Y le rogaba mucho que no lo echase de aquel país... que no les mandase ir al abismo...” Y había una manada de muchos puercos que se apacentaban... al rededor del monte... y le rogaban que les permitiese entrar en ellos... diciéndole... Si nos echas de aquí, envíanos á aquella manada de puercos... para que entremos en ellos... Y saliendo los espíritus inmundos entraron en los puercos, y con furia grande la manada, que era de cerca de dos mil, se precipitó en el mar... y murieron en las aguas...”

El demonio pide lo primero quedarse en el país. ¿Y para qué? Para hacer allí mal... Después pide no ser precipitado en el abismo, donde debe caer al fin del mundo: pide quedarse siempre en esta región terrena; ¿y para qué? Para ejercer aquí su furor, para poder tentar y perder á los hombres... Quitarle este poder es lo que llama él atormentarlo. Finalmente, pide que le sea permitido entrar en los puercos que pacían en aquellos contornos: ¿para qué? Para precipitarlos en el mar y hacer al Salvador odioso en todo el país... Jesús le concede esta última petición. En la meditación siguiente veremos las razones del por qué; pero reconozcamos aquí los secretos votos y los ínfimos deseos de los impúdicos. ¿Qué desean estos con tanta ansia? ¿qué piden? El no ser precipitados al infierno. Querían estos evitarlo sin poner fin á sus desórdenes; querían que no hubiese justicia en Dios ni castigo para el pecado; querían, finalmente, ser semejantes á las bestias, evadían su suerte, intentan persuadirse que no son de condición diversa de ellas, y algunas veces permite Dios por justo castigo que se lo persuadan

ó que vivan como si verdaderamente estuvieran persuadidos.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah Señor! os hago hoy una petición bien diferente de aquella del impúdico. No permitais que yo venga á ser semejante á las bestias; antes hacéme semejante á vos. Si es necesario para librarme del demonio y de mis pasiones perder todo aquello que poseo, si es necesario abandonar el placer en que estoy, salir del seno de mi familia, renunciar al mundo, ¡oh Dios mío! esoy pronto á sacrificarme todo antes que perderme y á vivir en vuestra desgracia. . . . Sostenedme, ¡oh divino Jesús! en estas resoluciones y fortificadme contra mis enemigos y los vuestros. Amen.

MEDITACIÖG LXVI.

DE LO QUE SUCEDIO DESPUES QUE EL SEÑOR LIBRO LOS DOS ENDEMONIADOS DE GERASA.

S. Mat., c. VIII, v. 33.
34.—S. Marc., c. V,
v. 14, 21.—S. Luc., c.
VIII, v. 34, 40.

Consideremos aquí primero, la conducta de los gerasenos; segundo, la conducta de los obsesos; tercero, la conducta de Jesucristo.

PUNTO I.

CONDUCTA DE LOS GERASENOS.

Lo primero. *La huida de aquellos que llevaban á apacentar los puercos.* “Y los que los apacentaban huyeron y lo contaron en la ciudad y en los campos. . . . Y contaron todas aquellas cosas y el caso de los que habían estado poseídos de los demonios. . . .” Los que estaban encargados de guardar los puercos, se huyeron cada uno hácia su respectivo amo, los unos á Gerasa y los otros á las aldeas vecinas, donde espacieron la nueva de un hecho tan sorprendente. ¿Y quién no se hubiera espantado al ver semejante espectáculo? Si nosotros pudiéramos ver la multitud de pecados y de demonios de que es librado un pecador que se convierte, quedaríamos también sobrecogidos de espanto; y para darnos de esto una prueba sensible, concedid Jesucristo al demonio el efecto de su petición.

Lo segundo. *El temor absurdo de los gerasenos.* “Y luego toda la ciudad salió al encuen-

tro á Jesús. . . . á ver qué era aquello que había sucedido. Y habiendo llegado donde estaba Jesús, vieron al que había sido atormentado del demonio que estaba sentado, vestido, y demente, sano á los pies de él, y se atemorizaron. . . . Y les contaron también aquellos que lo habían visto, de qué manera había sido librado de la legión. . . . Y el hecho de los puercos.”

Fué tan grande la multitud de los que concurrieron á aquel lugar para instruirse de cuanto había sucedido, que se dijo que toda la ciudad se había unido para saber las circunstancias. Vieron á Jesús y á sus discípulos, y á los pies de Jesucristo los dos obsesos, principalmente el mas furioso de los dos, vestido, tranquilo, y con su juicio sano, escuchando al Salvador que los instruía. Este espectáculo causó en los habitantes de Gerasa mas temor que respeto: se imaginaron que se habían perdido sus manadas de puercos; tuvieron temor de la pérdida de aquellos animales, pues aunque la ley les prohibía alimentarse de ellos, no juzgaban que les era prohibido el criarlos para el comercio. La fe de este pueblo se dejó vencer de un vil interés: si hubieran ellos sufrido con resignación esta prueba de su fe que Jesucristo les había suministrado, se hubieran asegurado su felicidad. ¿No es aun hoy por ventura este espíritu de interés y de avaricia, este apego á los bienes de la tierra el que predomina nuestro corazón y el que nos pierde?

Lo tercero. *La súplica insensata de los gerasenos.* “Y todo el pueblo del país de los gerasenos le suplicó que se retirase de ellos, porque estaban sobrecogidos de temor grande; y el sufriendo en la barca se volvió. . . . ¡Insensatos! ¿De qué os privaís vosotros? De aquel que hubiera librado todos vuestros obsesos, que hubiera curado todos vuestros enfermos; de aquel que os hubiera anunciado la verdad y os hubiera colmado de gracias y de bendiciones. ¡Ay de mí! cuántos dicen todos los días á Jesús: “retiraos de mí, no vengais á mí,” no por respeto y por humildad, sino por no despojarse de aquello que desagrada á Jesucristo? De esta manera se dejan huir los momentos de salud, cuando la gracia que nos mueve no se acomoda con nuestros intereses. De esta manera, por no mortificar las pasiones que acariciamos, desechamos las visitas del cielo y despreciamos los llamamientos del Salvador.

PUNTO II.

CONDUCTA DE LOS DOS ENDEMONIADOS.

Cuál fué la conducta de estos. Primero. Cuando fueron librados. Segundo. Cuando Jesucristo

to quiso retirarse de ellos. Tercero. Cuando se volvieron á sus casas.

Lo primero. *Cuando fueron librados.*—Habiendo permitido Jesús al demonio que entrara en los puercos, los espíritus inmundos salieron de los cuerpos de los dos obsesos. En el mismo instante se hallaron estos libres y con el juicio sano; y habiendo vuelto en sí, se vistieron decentemente, quedaron perfectamente en calma y tranquilos, y se sentaron á los pies de Jesucristo. Tal es la imagen de un alma convertida y penitente. Todo se muda en ella; sus ideas, sus afectos, su persona, sus modales, sus vestidos, sus muebles, su mesa y sus gastos. . . . Ninguno ve ya en ella su mal humor, ninguna señal de sus antiguas pasiones; ella pone todo su consuelo en estar á los pies de Jesucristo su Salvador y su libertador; su reconocimiento le tiene allí quieta y su amor la llena allí de delicias.

Lo segundo. *Conducta de los obsesos cuando Jesús quiere retirarse.* ¿Qué separación tan amarga para unos corazones penetrados de reconocimiento! Aquel que había sido mas atormentado del demonio, no pudo resolverse á esta separación; se ofreció á Jesucristo y le pidió que le diera un puesto entre sus discípulos, protestándole con sinceridad que no se separaría jamás de su bienhechor; pero Jesucristo movido de su reconocimiento lo destinó á otro empleo, esto es, á anunciar las misericordias de Dios; empleo á que satisfizo con fidelidad. “Y habiendo subido á la barca, comenzó aquel que había sido vejado del demonio á rogarle que lo dejase estar con él. Pero Jesús le despidió, y dijo: vete á tu casa á los tuyos, y cuéntales cuanto ha hecho el Señor por tí, y cómo te ha mirado con misericordia.”

Lo tercero. *Conducta de los obsesos vueltos á sus casas.* Jesús les había ordenado que volviesen á sus casas, que se restituyesen á sus familias y que publicasen los beneficios que habían recibido de Dios. . . . ¿Quién podrá, pues, decir con qué celo y con qué reconocimiento lo hicieron, principalmente aquel que había sido mas desgraciado? “Y fué por toda la ciudad publicando cuantas cosas le había hecho Jesús.” Y no contento con haber manifestado á su familia y á toda la ciudad de Gerasa la potencia y la gloria de Jesús. . . . “se fué, y empezó á predicar por toda la Decápolis cuanto le había hecho el Señor, y todos se maravillaban. . . .” Corrió toda la Decápolis como un apóstol, dejándose ver en todas partes como prueba subsistente del poder del Salvador: llenó de asombro y de admiración todas las ciudades y todas las aldeas, y las dispuso para recibir bien presto el Evangelio. . . . En todas las condiciones de gentes forma la gratitud apóstoles.—¡Y oh! ¡cuántas conquistas haría para Dios esta excelente virtud, si todos aquellos que son colmados de sus gracias y de sus beneficios tuvieran un corazón reconocido! Procuéramos, pues, nosotros tener el nuestro penetrado

de una semejante gratitud y de un semejante amor, y sin ser apóstoles, ¿cuántas obras apostólicas no haremos?

PUNTO III.

CONDUCTA DE JESUCRISTO.

“Y todos se maravillaban. . . .” Admiramos también nosotros.

Lo primero. *La potencia de Jesús,* que cita al demonio, le pregunta y lo echa de aquel hombre. . . . El espíritu impuro hizo daño en aquellos animales viles, si; pero fué después de haber obtenido una expresa permisión del Salvador. ¿Qué tenemos, pues, que temer nosotros con Jesucristo? Sémosle fieles y ninguna cosa nos podrá venir en contra.

Lo segundo. *Admiremos la sabiduría de Jesucristo,* que en este suceso nos hace conocer el carácter, la malicia, la fuerza y la debilidad del enemigo de nuestra salud, que prueba á los gerasenos con la pérdida de un bien pequeño, y que no quiere admitir al ministerio del Evangelio á aquellos á quienes una mancha pública, aunque inculpable y que ya no subsiste, no deja gozar una reputación santa y entera.

Lo tercero. *Admiremos su bondad,* que libra estos dos desgraciados y procura á sus familias la consolación de volverlos á ver y poseerlos. . . . Su bondad, que les hace retirarse del país de los gerasenos sin quejarse, y dejándoles también un remedio saludable en la orden que da á los obsesos de publicar sus misericordias. Finalmente, su bondad, que satisfice á los vivos deseos del pueblo fiel, que lo espera con impaciencia á la orilla del lago. . . . “Y habiendo pasado Jesús otra vez con la barca á la ribera opuesta, se juntó al rededor de él una grande multitud. . . .” ¿Qué era esperado de todos. . . . y estaba cerca del mar. . . .” ¡Oh, y cuán bueno es Jesús! ¡Bienaventurados aquellos que en su ausencia suspiran porque vuelva! ¡Bienaventurados aquellos que lo acogen con amor!

PETICION Y COLOQUIO.

Inspiradme, Señor, este santo ardor, este vivo deseo de vuestra santa palabra: hablad á mi corazón y será sano. ¡Oh divino Jesús! hablad, mandad al demonio vuestro enemigo y mío, y se dispararán y ahuyentarán todas las potestades de las tinieblas que poseen ascochanzas á mi espíritu, y todas las pasiones que reinan en mi corazón. Abridme los ojos, desengañadme, ¡oh caritativo Salvador mío! y no permitais que yo corra á mi perdición como aquellos animales viles é irracionales. Hacedme sentir el gusto que se experimenta en poseeros y la pérdida que se hace en

perderos. Finalmente, habitad en mí, ¡oh Dios mío! después de haber tomado posesión, y haced que sea vuestro en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXVII.

SANA JESUS UN PARALITICO EN PRESENCIA DE LOS FARISEOS.

S. Marc., c. II, v. 1, 12.—S. Luc., c. V, v. 17, 26.—S. Mat., c. IX, v. 1, 8.

Primer, lo que precede á este milagro; segundo, la manera con que lo obra; tercero, lo que lo sigue.

PUNTO I.

LO QUE PRECEDE A ESTE MILAGRO.

Lo primero. *La docilidad del pueblo.* “Y después de algunos días entró nuevamente en Cafarnaum. . . . Y se supo que estaba en la casa, y se juntó mucha gente, de modo que no cabían ya ni el espacio que había al rededor de la puerta, y les hablaba la palabra.” Los vivos deseos de este pueblo serán bien presto recompensados; el Salvador lo hará testigo de un milagro estrepitoso, que lo llenará de la mas dulce consolación. . . . Jesús es la vida y la luz; él solo puede iluminarnos y sanarnos, y está pronto á derramar sobre nosotros los dones de su misericordia, que nos comunicará á proporción de nuestros deseos y de nuestra docilidad para con él.—Lamentámonos con nosotros de nosotros mismos, si vivimos siempre á ciegas y siempre enfermos. Tenemos la dicha de estar en la casa donde enseña Jesús y obra sus maravillas; esto es, en su Iglesia: mientras tantos vienen á olla de todas partes á recibir las gracias que necesitan, no nos estemos nosotros en ella inutilmente.

Lo segundo. *Celos de los fariseos.* “Y aconteció un día que él estaba sentado enseñando, y estaban sentados algunos fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todos aquellos pueblos de la Galilea, y de la Judea, y de Jerusalen, y la virtud del Señor obraba para sanarlos. . . . El pueblo iba á Jesús para que lo sanase de sus males; pero los doctores iban á contrastar sus milagros y á criticar la doctrina que esta para conocer á Jesús, aquel hombre tan célebre que á ellos les hacía tanta sombra. . . . Este divino Salvador estaba sentado en casa, y ellos estaban también sentados cerca de él; lo vieron, lo oyeron y lo censuraron; pero no saca-

ron otra cosa que confusión, y la obstinada resistencia á la evidencia de los hechos, sirvió para aumentar su ceguedad, para obstinarlos mas en dureza y para animar contra Jesucristo un odio que desde este punto fué siempre implacable.—Justo castigo de aquellos que oyen ó leen la palabra de Dios, ó que examinan sus maravillosas obras con las mismas disposiciones que los fariseos.

Lo tercero. *La caridad de aquellos que presentaron el paralítico.* “Y vinieron á él los que conducían un paralítico. . . . que venía en su cama. . . . llevado por cuatro personas. . . . y buscaban el modo de entrarlo dentro de la casa para presentarlo. . . .” *Caridad laboriosa:* este desgraciado estaba tullido de todos sus miembros, y eran necesarias cuatro personas para llevarlo acostado en su cama, y al punto se hallaron personas caritativas que lo llevaron: la caridad no está en las palabras, sino en los hechos y en los efectos—*Caridad perseverante.* El enfermo y los que lo llevaban estaban bien persuadidos que si pudiesen romper por la multitud de la gente y acercarse á Jesucristo, se seguiría el conseguir la salud; pero la dificultad estaba en poder acercarse. No obstante todos los esfuerzos que hicieron, después de haber intentado por largo tiempo abrirse camino por medio de la gran multitud, no pudieron ni aun acercarse á la puerta; pero con todo esto no se desanimaron. La verdadera caridad aumenta su vigor entre los mismos impedimentos, permitiéndolo Dios para hacerla mas resplandeciente.—*Caridad industriosa.* “Y no hallando el camino de introducirlo. . . . y presentarlo. . . . á causa de la turba, subieron sobre el techo, y hecha una abertura, bajaron la cama en que estaba tendido el paralítico. . . . en medio delante de Jesús.” No pudiendo abrirse paso, rompiendo por la mucha gente que sitiaba la puerta, tomaron un medio término, y acercándose á la casa por otra parte, llevaron al enfermo por una escalera sobre el techo, que según el uso de la Palestina, era un terrado; allí hicieron una grande abertura, bajaron al paralítico en su cama y lo presentaron en medio de la turba á los pies de Jesucristo.—Imaginémonos cuál fué la sorpresa de los circunstantes, y sobre todo, su expectación. La prueba era fuerte, un engañador se hubiera hallado en un grande embarazo; los que había fuera de la casa no estaban menos solícitos para saber cuál sería el éxito de aquellos que habían entrado dentro. . . . Jesucristo aumentó aun mas la expectación de los unos y de los otros, y les dejó algún tiempo para que ejercitaran su fe, sus conjeturas y su crítica, disfrutando el sanarlo, ó por mejor decir, anunciando el milagro con otras maravillas mas secretas y de un orden superior.

PUNTO II.

LA MANERA CON QUE SE OBRÓ EL MILAGRO.

Jesucristo en vez de un milagro obró tres, de los cuales el primero fué el mas grande, el segundo fué sorprendente, aunque secreto, y el tercero fué el mas perceptible y la prueba de los otros dos.

Primer milagro. El perdón de los pecados. “Y vista por Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, te son perdonados tus pecados. . . .” Consideremos aquí primero *las instrucciones que Jesús nos da.* El nos da á conocer que todas las enfermedades humanas tienen su origen en el pecado; que las adicciones corporales de una santa vida para satisfacer por el pecado, y finalmente, que en el ejercicio del celo y en todas las acciones se necesita obrar según Dios con una santa libertad, y sin respeto á cierto escándalo farisaico de algunos espiritus impios y malignos.

Observemos lo segundo *la consolación del paralítico.* Do qué júbilo fué penetrado su corazón cuando oyó estas tiernas palabras: “Hijo, confía. . . .” Son ciertamente motivo de júbilo, de admiración y de amor la remisión que logra de sus pecados y el precioso y angustoso nombre de hijo que Jesús le dió.

Lo tercero. *Reflexionemos sobre el escándalo de los fariseos.* Buscaban estos ser escandalizados, y verdaderamente lo fueron. “Y estaban allí sentados algunos de los escribas y fariseos. . . . que decían en su interior: ¿por qué habla así este? ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios? . . . Este blasfema. . . .” Debían ignorar estos doctores que según los profetas, un carácter esencial del Mesías era ser hijo de Dios, el mismo Dios, Dios con nosotros, y que por consiguiente debía tener, según ellos, el poder de perdonar los pecados: Con que Jesucristo en esta ocasión obraba como verdadero Mesías. Es verdad que un impostor podía usurpar este lenguaje y que muchos lo han hecho; pero tratándose de dar las pruebas no les ha salido bien. . . . Se necesitaba por lo menos suspender el juicio, y esperar la prueba; pero esto no lo hacen los impios. Blasfeman contra la religion que no quisieron jamás entender y separan siempre sus misterios incomprensibles de las pruebas que los hacen perceptibles y que los insinúan en los espiritus mas sencillos. Comparezcan aquí estos pretendidos genios, y si no están enteramente endurecidos, esperen el éxito y se convencerán y se rendirán.

Segundo milagro. *El conocimiento de los corazones.* “Y habiendo visto Jesús sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensais mal en vuestro corazón? . . .” Llenen los escribas y los fariseos de la idea de que Jesucristo había blasfemado, se prometían poderse servir de esta coyuntura para

desengañar los pueblos de la alta opinión que habían concebido de la alta santidad del nuevo profeta. No se atrevían á declararse públicamente por temor de sublevar los que estaban presentes y esperaban el milagro; mas sin embargo de sus precauciones leía Jesucristo en el fondo de sus corazones. . . . ¿Cuáles son vuestros pensamientos? ¿Cuáles son vuestros pensamientos interiores contra mí? ¿Por qué pensais mal en vuestro corazón? Palabra bien precisa y que jamás debemos olvidar nosotros. ¿Qué nos sirve fingir y escondernos á los ojos de los hombres? Jesús ve nuestro corazón, y lo que él ve será después la materia de nuestro juicio: ve los pensamientos de que nos complacemos; pensamientos de vanidad, de ambición, de sensualidad, de impureza; ve aquellas sospechas contra el prójimo, aquellos juicios temerarios y precipitados, aquellas quejas, aquellas impaciencias; ve aquellos motivos que nos hacen obrar, motivos de vanagloria, de respetos humanos, de interés, de amor propio, aquellos motivos demasiadamente terrenos, y frecuentemente viciados, ó en todo ó en parte. Examinemos aquí nuestro corazón y procuremos tenerlo en adelante siempre puro en la presencia de Aquel que lo ve.

Tercer milagro. *Sana al paralítico.* Estad atentos, escribas y fariseos; esto es el momento decisivo en que os será fácil conocer quien es el que ha blasfemado, si Jesús ó vosotros. No se trata ya de teneros suspensos; se trata sí de disponeros á lo que debe seguir y ya se os ha anunciado. . . . Juzgad de la eficacia de las primeras palabras que Jesucristo ha dicho á este paralítico para curar su alma por la de aquellas que quiero decirle para sanar su cuerpo, y si con una palabra lo sana el cuerpo, confesad que él tiene la potestad que se atribuye de curar el alma y de perdonar los pecados, y por consecuencia que él es Dios, el Salvador de los hombres, el rey de Israel, y el Mesías esperado. . . . Continuando Jesús su discurso, les dijo: “¿Qué cosa es mas fácil de decir, te son perdonados tus pecados, ó decir, levántate y camina? Pues para que sepaís que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: levántate, pilla tu cama y vete á tu casa. . . . Y en el mismo instante se levantó en presencia de ellos, cogió la cama en que estaba acostado, y se fué á su casa glorificando á Dios. . . .” Démóstre á Jesucristo infinitas gracias por el grande milagro que obra y por la manera con que lo obra. ¡Oh! y cuán glorioso es para él este día, y cuán feliz para nosotros, pues en él confundió sus enemigos, probó su divinidad, alivió los miserables, alegró el cielo y consoló la tierra!

PUNTO III.

LO QUE SE SIGUIÓ AL MILAGRO.

Lo primero. *La conducta del paralítico que debemos imitar.* Al orden que le dió el Salvador, se levantó solo y sin que nadie le ayudase, a vista de todos cargó su cama, y tomó el camino de su casa, publicando las misericordias de Dios... ¿Cuándo Jesucristo con la voz de su ministro nos concede el perdón de nuestros pecados, manifiesta nuestra conducta, la sanidad y nuestro reconocimiento, nos levantamos de la tierra? ¿salimos de nuestros malos hábitos y de nuestra relajación, de nuestra tibieza y de nuestra parálisis? ¿estamos firmes en nuestras resoluciones? ¿No volvemos á recaer mas en nuestras mismas enfermedades? ¿en el mismo apego á las criaturas y del ocio y en el mismo apego á las criaturas? ¿Tenemos fortaleza para apartar y hacer que desaparezcan todas las señales de nuestra enfermedad, todos los ojos que nos han engañado, todas las ocasiones que nos han hecho caer? ¿Somos tan generosos, que triunfamos de ellas, levantamos un trofeo á nuestro libertador? ¿Nos retiramos á nuestras casas? ¿nos estamos en ellas en el silencio, en el retiro, en el recogimiento, en la oración? ¿Glorifican al Señor todas nuestras acciones, y toda nuestra vida? ¿as consagramos á su gloria y á nuestra salvación?

Lo segundo. *Sus aclamaciones del pueblo, á que nos debemos juntar también nosotros.* "Y rindiendo esto las turbas, se atemorizaron... todos quedaron sorprendidos, y glorificaron á Dios, que tanta potestad dió á los hombres... Y fueron todos llenos de temor, diciendo: maravillas hemos visto hoy... jamás hemos visto cosa semejante..."

Cuando los que estaban en la casa vieron alzar al paralítico y cargar la cama, cuando los que estaban fuera lo vieron salir y pasar por medio de todos ellos, se oyó un grito universal por la gloria de Dios y de Jesucristo. Las aclamaciones de los circunstantes se unieron y se confundieron con las del paralítico; por todas partes se gritaba: no, no, jamás ha obrado el Señor maravillas semejantes ni mas estrepitosas en medio de su pueblo. Este verdaderamente es el día en que Dios se manifiesta á los hombres por medio de los prodigios que vemos. ¡Bendito sea Dios por haber comunicado un poder tan divino á nuestra débil y mortal naturaleza! Bendigamos también nosotros á este Dios de misericordias; porque ¿qué cosa sería de nosotros, miserables pecadores, si no hubiera dado á los hombres sobre la tierra la potestad de perdonar pecados? ¿si Jesucristo no la hubiera dejado á los apóstoles, y los apóstoles á sus sucesores? Este divino poder es nuestro remedio en nuestras caídas, nuestra consolación en nuestras penas, y nues-

tra seguridad en nuestras inquietudes. ¡Infelices de aquellos que han abandonado una Iglesia colmada de tantos favores, por seguir sectas impotentes y privadas de este divino poder!

Lo tercero. *El silencio de los fariseos, que debemos detestar.* ¿Cómo habrían podido estos jamás apartar á este pueblo de una pretendida ilusión ó de formar sus justas aclamaciones? No se tomaron este inútil trabajo, el hecho era del todo evidente y hablaba bien claro... ¿Cómo, pues, con su voz no hicieron eco á la del pueblo? Este es el efecto de la ceguera voluntaria, de los celos y del odio, y de una determinación tomada por pasión en que uno se obstina y que no quiere abandonar: tal es aun la conducta de nuestros incrédulos. Desengañemos estos de nuestros errores; ¿muestremos por qué camino de seducción y de engaño ha llegado hasta nosotros el Evangelio tal cual él es, y en qué siglo se ha pretendido engañar al género humano para hacerle creer la historia evangélica. No ha sido ciertamente en el nuestro; nosotros creemos puramente en el cristianismo; y si entonces las cosas hubieran sido falsas, hubieran sido creídas y hubieran sido falsas hasta nosotros? Pero no, no se toman ellos el trabajo de desengañarnos; se restringen solo á decir que respecto á ellos no están convencidos.

Pero si vosotros no lo estáis, señal que no racionais. ¿Estais convencidos y bien seguros de los nuevos y singulares dogmas que publicais? ¿que todo se acaba con la vida, que vuestra alma es material y que muere con vuestro cuerpo? ¿Son vuestras pruebas evidentes y que no admiten réplica? Manifestadlas, ¡ciegos é insensatos! Vosotros creéis sin pruebas los absurdos y las mentiras que lisonjean vuestras pasiones, y desechais la verdad, apoyada sobre pruebas sensibles que ni aun os otoreis á impugnar sino con negarlas, y con esta inconsecuencia correis hasta al tumba y se abre para vosotros la eternidad.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús! yo os reconozco y os adoro por mi Salvador y por mi Dios: que sé la tomen los fariseos con esta palabra: "Te son perdonados tus pecados." Por mi creo y confieso que vos solo habeis podido pagar por mis pecados y satisfacer por ellos con vuestra sangre; que vos solo con una soberana autoridad podeis perdonarlos con vuestra gracia. Vuestra misericordia, ¡oh divino Jesús! haga sentir á mi corazón estas palabras de consuelo: "Hijo, confía; te son perdonados tus pecados." Amen.

MEDITACION LXVIII.

VOCACION DE SAN MATEO.

S. Luc., c. V, v. 27, 32—
S. Marc., c. II, v. 13, 17.
—S. Mat., c. IX, v. 9, 13.

Primero, Jesucristo llama á san Mateo; segundo, convite en la casa de san Mateo; tercero, los fariseos hablan mal del Salvador; cuarto, responde á la maledicencia de los fariseos.

PUNTO I.

JESUS LLAMA Á SAN MATEO.

"Y después de esto salió... y se fué de nuevo hacía el mar. Y venían á él todas las turbas, y las enseñaba. Y pasando vió á Levi, hijo de Alfeo. Publicano... llamado Mateo... que estaba sentado en el banco, y le dijo: sigüeme; y abandonando todas las cosas, se levantó y lo siguió..." Observemos lo primero, quién es aquel que Jesucristo llama; segundo, la manera como lo llama; tercero, cómo es obedecido.

Lo primero. *¿Quién es aquel que Jesucristo llama?* Un publicano, un hombre empleado en los estancos y ocupado en recoger el dinero público y los tributos impuestos por los romanos; profesion odiosa para los judíos, que contra su voluntad sufrían el dominio de los romanos; profesion lucrosa, pero que de ordinario, multiplicando las riquezas, aumenta la sed, apega el corazón á la tierra y guía al olvido de Dios; profesion peligrosa por la facilidad que suministra de hacer injusticias y porque estas en semejantes empleos se pueden cometer impunemente. Un hombre de esta profesion es el que Jesucristo llama al apostolado, á la práctica y á la predicación de la pobreza y del desprecio de las cosas del mundo. ¡Oh! ¡y cuán profundos son, Dios mio, y cuán impenetrables vuestros designios! ¡cuán poderosa vuestra gracia! ¡y cuán inefable vuestra bondad! No desesperemos de nadie ni juzguemos á ninguno: aquellos que juzgamos estar lejos del reino de Dios y que acaso despreciamos, pueden ser algun día unos santos y servidores de condenación.

Lo segundo. *¿En qué manera llama Jesucristo al publicano?* Lo llama pasando: Jesús no pierde algun momento. Sale de Cafarnaum y va á la ribera del mar. Caminado instruye al pueblo que lo sigue y pasando llama á un publicano y lo hace un apóstol. Las mayores gracias dependen muchas veces de un instante pasajero. ¡Ay de aquel que deja huir este precioso momento! Jesucristo llama á Mateo cuando actualmente estaba

sentado en el banco. El momento de la conversión es el de la gracia y el momento de la gracia no pende de nosotros. Muchas veces toca Dios al corazón en el tumulto de los negocios, en la mayor disipación, en medio de los placeres, en el acto mismo del pecado, y lo llama á sí. Dilatar el rendirse no es esperar ocasión mas favorable, es perder el tiempo de la gracia, y acaso para no recobrarlo jamás. Jesucristo llama á Mateo con una sola palabra: "Sigüeme." ¡Oh palabra poderosa! ¡oh palabra adorable para quien conoce el precio! ¡cuántas veces la he oído yo! ¡cuántas veces he hecho cuenta de no cirla, ó por mejor decir, cuántas veces he tenido la desgracia de resistirle abiertamente!

Lo tercero. *¿Cómo es obedecido Jesucristo?* Es obedecido prontamente. A esta sola palabra: "sigüeme..." Mateo se levanta, sin que algun negocio ó interés ó alguna otra consideración ó respeto humano le puedan detener un momento. Jesucristo es obedecido sincera y efectivamente: este rico lo abandona todo, se despoja de todo y nada reserva de sus bienes, si no es el uso de lo que necesitaba para poder manifestar una sola vez á su Maestro su humilde y perfecto reconocimiento. Deja grandes bienes y grandes esperanzas; pero bienes y esperanzas terrenas, cuya posesion y gozo se hubiera pasado presto por adquirir los bienes celestiales, de que ahora goza aun y gozará para siempre. ¡Y por qué no hacemos nosotros una elección semejante? Jesucristo es obedecido generosamente. El nuevo discípulo sigue á su Maestro en todo el curso de su vida, lo predica después de su muerte, escribe su historia, es el sagrado escritor de la nueva alianza, y finalmente, confirma lo que ha escrito y predicado con su sangre. ¡Oh santo apóstol! ¡oh santo evangelista, fiel imitador de nuestro Maestro! Pedidle para nosotros la gracia de aprovecharnos de vuestra predicación, que so contienen vuestros escritos, y aquel espíritu de desiego de fervor y de humildad de que nos habeis dado el ejemplo.

PUNTO II.

JESUCRISTO ES CONVITADO EN CASA DE SAN MATEO.

"Y le hizo Levi un gran banquete en su casa. Y acació que estando á la mesa en la casa de él, vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron con Jesús y con sus discípulos."

Consideremos lo primero los preparativos del banquete. El nuevo discípulo, habiendo de tener el honor de recibir en su casa á su Maestro, puso toda la atención en tratarlo de manera que pudiese mostrarle su adhesion y su amor. Consideró este día como el mas feliz y el mas glorioso de

toda su vida; solicito de participar con otros su alegría, convidó á sus parientes, á sus amigos y á los publicanos empalados con él ó á él subordinados, hombres todos que los judíos llamaban pecadores porque no hacían ostentación de vivir con grande regularidad, aunque por otra parte no estaban muy lejos del reino de Dios, y entre ellos había muchos que ya habían empezado á seguir á Jesucristo. Estuvo atento á que nada faltase para la solemnidad de este grande día, y el banquete fué espléndido. ¡Es esta la preparación que nosotros llevamos para recibir al mismo Jesucristo, no ya hombre mortal sobre la tierra, sino reinante en el cielo y presente en la Eucaristía; no para darle de comer, sino para alimentarnos de él nosotros mismos; no para tenerlo en nuestra casa, sino dentro de nuestro cuerpo y de nuestra alma? ¿Conocemos nosotros cuánta gloria y cuánta felicidad nos trae un día de comunión? ¿Cuántas atenciones y cuánta vigilancia se requieren para coger los frutos!

Lo segundo. *Observemos cuál fué el júbilo del banquete.*—Primeramente. *Fuó puro*, porque con una honesta libertad reinaban en él la templanza, la modestia, la paz, la dulzura y la caridad. Segundo. *Fuó santo*, porque todos tenían los ojos fijos en Jesucristo, escuchaban sus discursos y hablaban solo de cosas de edificación. Tercero. *Fuó perfecto*, porque al mismo tiempo que el cuerpo tomaba su alimento, se alimentaban mil veces mas delicadamente el alma y el corazón. De esta manera celebraban los primeros cristianos sus ágapes, y así deben ahora celebrar los cristianos sus convites.

Lo tercero. *Examinemos cuáles fueron los frutos de este banquete.* Fueron gracias abundantes que encendieron en el corazón de los convidados un nuevo fervor por el servicio de Dios, un nuevo ardor por oír su palabra y un nuevo esfuerzo para seguir á Jesús y declararse por él. Mateo entre los otros fué el mas favorecido. Desde este momento renunció á todo, se resolvió á seguir al Salvador y jamás lo abandonó después. Si queremos ser participantes de estos favores, no pudiendo ya alimentar á Jesucristo en su persona, alimentémoslo en sus miembros, que son los pobres.

PUNTO III.

MALEDICENCIA DE LOS FARISEOS CONTRA JESUCRISTO.

“Y los fariseos y los escribas . . . al verlo comer con los publicanos y los pecadores . . . murmuraban, diciendo á sus discípulos: ¿por qué coméis y bebéis con los publicanos y con los pecadores? ¿Por qué vuestro maestro come con los publicanos, con los pecadores . . . ?” La maledi-

ción de los fariseos tenía su origen en los celos, cuyos caracteres son la curiosidad, la malignidad y la vileza.

Lo primero. *La curiosidad.* ¿De dónde, pues, sabían los fariseos que Jesucristo comía en casa de Mateo y con quiénes comía? El celoso lo explora todo, todo lo ve, todo lo examina, tiene los ojos en todo. ¡Miserable curiosidad que turba la paz, destruye la caridad, é impugna á las veces la religión y la conducta del mismo Dios! ¡Ah! ¿qué nos importa á nosotros lo que hace el tal, sobre cuya conducta no nos toca velar! ¿qué nos importa lo que no podemos impedir ni nos toca remediar? Pensemos en nosotros y dejemos á los otros en paz.

Lo segundo. *La malignidad.* “¿Por qué (decían los fariseos á los discípulos) vuestro Maestro y vosotros mismos coméis con los pecadores?” El celoso en todas las cosas encuentra intenciones y misterios, todo lo echa á mala parte y se escandaliza de todo. En vez de suponer en los otros buenas intenciones, como muchas veces las tienen, en vez de mirar las cosas á lo menos como indiferentes y de ninguna consecuencia, como lo son de ordinario, todo lo convierte en mal y en todo encuentra abusos, delitos y escándalos.

Lo tercero. *La vileza.* Los fariseos no representaron sus quejas á Jesucristo, sino á sus discípulos. El celoso no asalta personalmente á aquellos que son el objeto de sus celos y que se hallarian en estado de responderle; solo murmura en secreto y en su ausencia con sus amigos y con aquellos que por algun lado le pertenecen: á estos les inspira sus desconfianzas, insinúa sus sospechas y procura comunicar su veneno. No se atreve tampoco el impío á proponer sus dudas y sus blasfemias á hombres de un cierto carácter, sino solo á aquellos que sabe que no están bastante instruidos para confutarlos; en presencia de estos habla y murmura y en la de los otros se está en silencio. Pero Jesucristo todo lo oye, no abandona su causa, ni la de sus discípulos y suscita tambien hombres capaces de confundir la calomnia y de iluminar á aquellos que á sean ser iluminados, y un día vendrá descubiertamente su gloria y la de sus siervos.

PUNTO IV.

RESPUESTA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS.

Jesucristo saca su respuesta; lo primero de una comparación; lo segundo, de un texto de la Escritura; lo tercero, del fin de su misión.

Lo primero. *De una comparación.* “Lo que habiendo oído Jesús, les dijo: no tienen necesidad de médico los que están sanos, sino los enfermos . . .” ¡Oh médico caritativo! Vos, Señor, ejercitais aquí principalmente el oficio á favor

de vuestros mismos enemigos; no les dais en rostro con su enfermedad, aunque voluntaria; no os irritais contra ellos, aunque culpados, ni menos les representais su injusticia y malignidad; con dulzura los instruis; solo pretendéis sanarlos y ganarlos. ¡Oh médico poderoso! ¡Ah! si consultáramos con vuestras enfermedades, gozaríamos una perfecta salud y nos aseguraríamos una vida eterna.

Lo segundo. *Jesucristo saca su respuesta de un texto de la Escritura.* “Andad, pues, y aprended qué cosa es yo amo la misericordia y no el sacrificio . . .” Esto es, igualmente está mandada la misericordia que el sacrificio; pero en la concurrencia de estos dos preceptos y en la imposibilidad de conciliarlos, debéis dejar el sacrificio por ejercitar la misericordia. Es mas agradable á mis ojos una obra de caridad para con el prójimo, que la obra mas santa de la ley, cual es la inmolación de las victimas. Meditemos estas palabras é interpretemos bien su sentido. Si Dios prefiere las obras de misericordia á los sacrificios y á todas las obras de piedad, servirse del pretexto de la devoción para dispensarse de los oficios de la caridad, es un abuso. Creer que se agrada á Dios con prácticas de piedad, conservando en el propio corazón indiferencia, desprecio, dureza ú odio con el prójimo, es un engaño. Dejar á Dios por el prójimo, por socorrerlo, por aliviarlo y por reducirlo de sus malos pasos al camino de la salud, es dejar á Dios por Dios y obrar segun el corazón de Dios. Tan grande es el amor que nos tiene y tanto estima nuestros verdaderos intereses; y esto es lo que nos enseña la Escritura y lo que nos enseña Jesucristo con sus palabras y con sus ejemplos.

Lo tercero. *Jesucristo saca su respuesta del fin de su misión sobre la tierra.* Porque no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores . . . á penitencia . . .” Esto es, con traer á mí á aquellos que vosotros llamais pecadores, y con ganarlos á mi Padre con mis beneficios, cumplo la Escritura. prefiero las obras de misericordia. Los pecadores tienen mas necesidad que los justos; y así como soy enviado al mundo para hacerles abrazar la penitencia y practicar el Evangelio, de que están mas lejos que los justos, veis aquí por qué mi ministerio se extiende menos á los justos que á los pecadores.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh bondad infinita de Dios! Nosotros éramos todos pecadores, y este es el motivo porque habeis puesto sobre nosotros los ojos de vuestra misericordia; si, por todos nosotros y por mí en particular habeis venido. ¡Ah divino Jesús! vos queis los pecadores; aquí tenéis el mas grande de todos. Por este título tengo derecho á vuestras grandes misericordias; veisme aquí delante de vos humillado y contrito; vos me llamais á la pe-

nitencia, yo la abrazo con todo mi corazón; sostened mi resolución, rompéd mis lazos y mis prisiones, para que os siga con la prontitud y con el amor que os mostró san Mateo. Destruid mis afectos, siempre pecaminosos y siempre vivos, para que perseverando en vuestra gracia como este santo apóstol, pueda esperar que del seno de la penitencia me llamareis á vos al seno de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION LXIX.

RESPONDE JESUCRISTO Á LAS QUEJAS DE LOS FARISEOS Y DE LOS DISCIPULOS DE JUAN BAUTISTA.

S. Mat., c. IX, v. 14, 15.
—S. Marc., c. II, v. 18,
20.—S. Lúca., c. V, v.
33, 26.

Primeramente. La queja de los fariseos y de los discípulos de Juan Segundo. La respuesta de Jesucristo á esta queja.

PUNTO I.

QUEJAS DE LOS FARISEOS Y DE LOS DISCIPULOS DE JUAN.

“Entonces se acercaron á él los discípulos de Juan . . . Y los fariseos que ayunaban . . . Y ellos le dijeron: ¿por qué motivo los discípulos de Juan ayunan frecuentemente, y hacen oración, y lo mismo los de los fariseos, y los tuyos comen y beben . . . y no ayunan?”

Lo primero. *Observemos la inconsecuencia que se halla en el razonamiento de los fariseos.* Jesucristo había justificado su conducta con los pecadores y había concluido con decir que había venido á llamar á los pecadores á penitencia. A esto respondieron los fariseos; y ved aquí la consecuencia de su discurso: ¿cómo podéis vos decir que llamais los pecadores á penitencia, cuando vuestros discípulos no hacen penitencia alguna? . . . Se ven los discípulos de Juan, que se sujetan á frecuentes ayunos y á largas penitencias y oraciones, y los discípulos de los fariseos siguen las mismas reglas; pero los vuestros beben y comen con libertad, sin temor de desagradaros, y vos ni les imponéis ayunos, ni oraciones . . . De este modo argüian contra Jesucristo y pretendían cogerlo en inconsecuencia y contradicción consigo mismo; como si la penitencia no consistiese esencialmente en la mudanza del corazón, en la detestación del pecado, en el amor de Dios y en la observancia de su ley, en el desprecio de las cosas del mundo y en la docilidad . . . Las

austeridades y las maceraciones son las apariencias de la penitencia, y estas no convienen siempre á toda suerte de personas, y muchas veces corrompen el mérito.... De este mismo es modo de ser aun cada día asaltado Jesucristo. Pretenden algunos mostrar contradicciones en los dogmas, en los libros, en las decisiones y en la historia de la religión, porque se equivocan en los términos, cuyo sentido no se dignan penetrar.

Lo segundo. *Consideremos la imprudencia que se manifiesta en la unión de los discípulos de Juan con los fariseos.* Entónces los discípulos de Juan se acercaron á Jesucristo y le dieron la misma queja que los fariseos.... ¿Por qué motivo, le dijeron, nosotros y los fariseos, fuera de los ayunos prescritos por la ley, hacemos otros muchos mas, mientras vuestros discípulos no observan ayuno alguno? ¿Pero cómo es esto que los discípulos de Juan, del precursor del Salvador, hombre el mas humilde y el menos censor, se atrevan á mirarse aqui con los mayores enemigos de Jesucristo para criticarlo á él y á sus discípulos? ¿Cómo hablan aqui el lenguaje mismo que el de una secta reprobada, que únicamente se fundaba sobre su propia soberbia y sobre el propio orgullo? ¡Ay! ¿y cuántas veces se ven aun hoy muchos cristianos y católicos hacer eco en muchos puntos á los impíos, á los libertinos y á los herejes, oponiendo las mismas cosas que estos á la Iglesia, á sus pastores, á sus ministros y á aquellos que la defienden para insultarlos! Se ven personas regulares en su conducta hablar contra las personas devotas, religiosas ó eclesiásticas, como hablan los mundanos y los incrédulos.

Lo tercero. *Examinemos la desconveniencia que se halla en la queja de los fariseos y de los discípulos de Juan.*

Primera desconveniencia, porque manifiestan en ella su propio orgullo. Los unos y los otros practicaban muchos ayunos, y ciertamente ninguna cosa hay de mas edificacion; pero por qué venir á publicarlos y gloriarse? No contentos con haber hablado de sus ayunos en tercera persona, se nombran y se señalan á sí mismos: "nosotros ayunamos frecuentemente...." Yo, yo practico la tal virtud, yo tengo la tal devoción, yo no tengo el tal defecto.... ¡Cuánta vanidad y desconveniencia en estas palabras! ¡Ah! ¿cuándo la necesidad podrá obligar á hablar así? Las astucias y los pretextos que se toman para hablar y decir bien de sí mismos, á nadie podrán engañar; el orgullo y la vanidad luego se manifiestan y todos lo advierten.

Segunda desconveniencia, porque se muestra desprecio de los otros. Nosotros ayunamos y vosotros no ayunais: nosotros ayunamos; ¿por qué motivo no ayunais vosotros? ¿Cuántas personas condenan la conducta de los fariseos y la imitan todos los días! Algunos se comparan con los otros, comparacion odiosa; se prefieren á los otros, preferencia pecaminosa; pretenden anteponerse á

los otros en el modo de pensar y obrar, pretension injusta. Pensamos en nosotros mismos y no observamos lo que los otros hacen: si los otros no practican aquella buena obra ó aquella virtud, practican otras que nosotros ignoramos y que acaso delante de Dios los hacen superiores á nosotros. Cada uno tiene su gracia particular: la humildad interna es necesaria á todos; esta es el fundamento de todas las virtudes.

Tercera desconveniencia, porque en ella se escucha de la malignidad. Con este discurso pretendian solo los fariseos desacreditar para con el pueblo á un hombre que les hacia sombra. Y aun los mismos discípulos de Juan no estaban acaso exentos de toda envidia, y en esto no tenían bien conocido el espíritu de su Maestro y estaban bien lejos de sus sentimientos. El origen de todos aquellos discursos que se tienen en perjuicio del prójimo y que se procuran cubrir con tan diferentes pretextos, es esta maligna envidia. Examinemos aqui nuestras palabras é internémosnos á conocer nuestro corazón.

PUNTO II.

RESPUESTA DE JESUCRISTO.

"Jesús les dice, ¿por ventura podéis hacer que ayunen los hijos¹ del esposo....? ¿Pueden por ventura estar tristes entre tanto que el esposo está con ellos....? No pueden.... Mas vendrán días en que les será quitado el esposo, y entonces ayunaran en aquellos días. "En esta respuesta declara Jesucristo su calidad de esposo, predice su muerte y anuncia el estado futuro de su Iglesia.

Lo primero. *Jesús declara su calidad de esposo.* La Iglesia es la esposa que él se adquirió con el precio de su sangre y con quien reinará eternamente. Los apóstoles y san Juan eran amigos del esposo. ¡Oh, y cuán grande es este misterio y de cuánta consolacion....! La mutua union de un esposo y de una esposa es la figura de la union de Jesucristo con la Iglesia y con cada una de las almas justas que hay en ella. ¡Oh alma mia! ¿comprendes tú bien cuál es tu dicha y cual tu gloria! Tú eres la esposa de Jesús. ¡Oh esposo divino lleno de amor y de dulzura! ¿por qué no puedo yo corresponderte á toda vuestra ternura? ¡Ah! hacéme digno de vos, trasformadme en vos. ¿Puedo yo por ventura amar ó puedo estimar algun otro objeto fuera de vos? ¿Habrá cosa alguna que me pueda parecer difícil cuando se trata de agradaros? ¿Qué desgracia si alguna vez me separase el pecado de

¹ Hebraísmo con que se llamaban los familiares ó amigos del esposo, que con varias demostraciones de alegría celebraban las bodas.

vos! ¡qué desesperacion si me separase para siempre!

Lo segundo. *Jesús predice su muerte.* Jesús debía adquirir su esposa y merecer todas las gracias de que queria favorecerla con su muerte. El tenía siempre presente esta muerte, la deseaba ardentemente y de ella hablaba en todos sus discursos.... Muerte preciosa, prueba luminosa del amor de Jesucristo, ¿cómo puedo yo olvidaros! La Iglesia celebra todos los días la memoria; ¿cómo debo yo asistir á ella? Vendrán los días en que estos mismos fariseos que hoy, ¡oh Salvador mio! os hacen estas preguntas; si, vendrán estos días, y no están ya muy lejos, en que pedirán vuestra muerte y la conseguirán. Vos moriréis, ¡oh tierno Esposo! y privarán de vos á vuestra esposa; pero por un prodigio de vuestra sabiduría, de vuestro poder y de vuestro amor, mientras vuestros enemigos le quitarán vuestra presencia visible, vos os darcis á ella y con ella estareis con una presencia real, bien que invisible, de la que no podrá privarla jamás el furor de los judíos, de los tiranos, de los herejes, y que será su consolacion sobre la tierra hasta el día en que tenga la felicidad de veros entre los refulgores de vuestra gloria y de participar con vos de las delicias de vuestro reino eterno.

Lo tercero. *Jesús anuncia el estado futuro de su Iglesia.* "Entónces por aquel tiempo ayunarán...." Después de la muerte de Jesucristo, de su ascension al cielo y de la venida del Espíritu Santo. La vida de los cristianos vino á ser una vida de ayunos, de oraciones, de aflicciones y de lágrimas, de despego del mundo y de suspiros por el cielo.... "Por aquel tiempo ayunarán...." Estos días deben durar hasta el fin del mundo; por todo este tiempo la Iglesia suspirará por su Esposo, continuará sobre la tierra su sufrimiento, y cumplirá la voluntad de su Esposo, y de este modo se hará digna de él. Nosotros estamos en estos días de ayuno, de afliccion, de separacion y de destierro. ¿Cuales son nuestros ayunos, nuestras mortificaciones, nuestros sufrimientos, nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestros suspiros?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Esposo divino de mi alma! ¿cuándo te veré, cuándo te poseeré? ¿Separado de vos puedo gustar algun bien ó algun placer en la tierra? ¡Ah! no puedo tener otro que el de amaros, de servirlos, de unirme á vos, de humillarme y de sufrir por vos. Esto es, Esposo divino, lo que de mí pedis, esto es lo que yo prometo, y esto será lo que me lleve á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION LXX.

JESUS CONFIRMA SU RESPUESTA PRECEDENTE CON TRES COMPARACIONES.

S. Mat. c. IX, v. 16, 17
- S. Marc., c. II, v. 21,
22. - S. Luc., c. V, v.
36, 39.

Observemos aqui primero, los misterios que se pueden considerar bajo el velo de estas tres comparaciones, y de aqui la respuesta á la queja de los fariseos que en ellas se puede descubrir; y finalmente, las reglas de conducta que de las tres comparaciones se pueden sacar.

PUNTO I.

DE LOS MISTERIOS QUE SE PUEDEN CONSIDERAR BAJO EL VELO DE ESTAS TRES COMPARACIONES.

Jesucristo anunciaba algunas veces los mas profundos misterios bajo el velo de las comparaciones mas familiares. La piedad exige que penetremos estas profundas verdades para edificarnos con ellas, y no para mover disputas sobre el sentido de las palabras del Salvador. Se comprenden suficientemente cuando de ellas se saca instruccion y edificacion. Jesús estaba siempre lleno de la idea de su grande obra, que era el establecimiento de la Iglesia. Tambien ahora se declaró su esposo, como lo hemos visto, y parece que en las siguientes comparaciones continué á revelar sus ventajas sobre la sinagoga y anunciar sus divinos privilegios.

Primera comparacion. De un paño ó de un vestido nuevo del que ninguno corta un pedazo para acomodar otro usado y viejo. "Ninguno ponga á un vestido viejo remiendo de paño nuevo; de otra manera el nuevo rompe el viejo.... El nuevo quita de lo viejo y se hace peor la rotura."

Bajo de esta comparacion ó semejanza se puede entender la ley nueva, la que no es permitido desfigurar, por decirlo así, cortándole alguna cosa.... Algunos judíos desde el principio del cristianismo, como se lamenta san Pablo en sus epístolas, pretendian hacer esta mezcla de retener la circuncision y las figuras de la antigua ley con las verdades del Evangelio. Mahoma hizo esta mezcla, y queriendo unir algunas verdades de la ley nueva con la ley antigua, corrompió la una y la otra é hizo un monstruo de religion; los herejes hacen esta mezcla siguiendo muchos dogmas de la ley nueva y cortando otros para conciliarlos con los antiguos prejuicios de una razon ciega y que se pierde en los sistemas que ella fabrica. Esta misma mezcla hacen los pecadores cuando recibiendo el Evangelio cortan algunos